



BELA

Juan Vicente Morales

BELA



Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Vicente Morales

ISBN: 979-13-88411-42-7

ISBN digital: 979-13-88411-43-4

Depósito legal: M-23853-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Lía...

Esta novela está dedicada a mi mejor amiga, Cecilia Carrión Castellanos. Ella fue mi inspiración y mi apoyo durante todo el proceso de creación y redacción. Me ayudó en innumerables cuestiones, como la elección del nombre de Bela, así como en el desarrollo del perfil psicológico de la protagonista. Fue leyendo cada uno de los capítulos tal y como salían del horno y siempre me animó a seguir adelante con el proyecto.

Por todo ello y por muchas más cosas, siempre estarás en mi corazón.

Te quiero, Lía



Dibujo original del autor representando a Bela,
que sirvió como guía para la portada.

2024

Asió la bolsa de los desperdicios y abriendo la puerta que comunicaba la cocina con el jardín, se dispuso a atravesar los quince metros de cuidado césped que lo separaban del contenedor.

Había recorrido casi la mitad de camino, cuando sintió una fuerte opresión en el pecho, acompañada de un dolor agudo que, enseguida, fue irradiándole al brazo izquierdo. Al instante, supo que era un infarto y también tuvo la certeza de que era grave. Trató de gritar, pero el aire quedó retenido en su garganta. Notó como las fuerzas lo abandonaban. Cayó de rodillas y soltó la bolsa de basura. Todo parecía suceder a cámara lenta, como si estuviera en una escena de una película. Notó como se escoraba hacia un lado hasta caer de costado sobre el húmedo césped. El dolor era cada vez más intenso y, al instante, comprendió que se estaba muriendo. En ese momento de extrema lucidez que la proximidad de la muerte proporciona, toda su vida desfiló ante sus ojos en un instante. No pudo evitar recordar al amor de su vida, a la persona que había dulcificado su día a día; a la persona con la que había compartido las amarguras, pero también la deliciosa alegría que su existencia le había proporcionado. Sus pensamientos viajaron al momento en que la conoció, a la época en la que todo comenzó. En ese momento de suprema clarividencia, una sola palabra brotó de sus labios, un nombre...

Bela...

PRIMERA PARTE

1995

CAPÍTULO PRIMERO

GERMÁN

Era invierno, pero aunque los días anteriores habían sido tempestuosos, lucía uno de esos soleados en los que todo es luz; un día de límpido cielo azul. En verdad invitaba a salir a la calle, a pasear o simplemente a tomar el aire. Se llamaba Germán y tenía veintiún años. Había quedado para pasar la tarde y quién sabe si la noche también, con sus mejores amigos. Lo cierto es que había estado a punto de no ir. No sabía por qué, pero no tenía ganas de salir últimamente. Estaba en un momento de su vida en el que solo le apetecía estar en casa y leer, quizá ver alguna película, pero nada más. Habían quedado en un sitio nuevo que un conocido de Daniel les había recomendado. La idea era tomar unas cervezas antes de decidir si irían a cenar, decisión ya tomada de antemano, por supuesto: sería que sí.

Caminaba absorto en sus pensamientos. Sabía, notaba, que estaba en un momento crucial de su vida. Era como un nudo, como una confluencia de caminos que se encuentran en un momento del destino de cada uno. Ahí, se daba cuenta de que la línea que había seguido hasta ese momento de su existencia ya no estaba. En su lugar había una bifurcación, o quizá era otra la palabra, pues el término «bifurcación», implicaba solo dos alternativas y podía haber más, de hecho, suponía que las había. ¿Cómo sabía que se hallaba en uno de esos momentos? No podría haberlo dicho, simplemente lo sabía.

También era consciente de que no podía contar nada de eso a sus amigos. Ellos no podrían entenderlo. Era otra de las cosas que había descubierto recientemente. Quería a sus amigos. Eran las mejores personas del mundo y darían lo que fuera por él, de eso tenía la certeza, pero había ciertas facetas de su pensamiento, ciertos matices de su manera de razonar que ellos no podían entender. Lo había descubierto con el tiempo. Ellos, con sus diferencias, eran muy similares. ¿Cómo decía su madre? ¡Ah sí!, «cortados por el mismo patrón». Pero él tenía cosas que no compartía con ellos. En realidad, no lo hacía con nadie. Formaban parte de su mundo interno y sabía que ahí debían quedarse. ¿Eso lo convertía en alguien raro? Bueno, quizá sí. En fin, cuando llegara pondría buena cara para que no notaran nada y después de la primera cerveza, sus pensamientos quedarían aparcados hasta que volviera a casa en la soledad de su mundo interior.

Llegó por fin al sitio en cuestión y entró. Cuando atravesó la doble puerta descubrió un local amplio que combinaba las características de un bar con las propias de un pub. A su derecha, una zona con mesas y sillas de madera blanca que brillaban ebúrneas, iluminadas por la claridad que entraba por los amplios ventanales. El suelo era de parqué, de un color parecido al del mobiliario; otra, que se extendía a su izquierda y hacia el fondo del local, más oscura e íntima, con mesas de cristal y sillones de cuero negro, más adecuada a su catalogación como pub. Esta última estaba adornada con cuadros modernistas plagados de líneas de colores en los que, desde la distancia, destacaba la blancura nívea que la luz negra proporcionaba a los trazos más claros. La iluminación estaba distribuida con esmero para que respetara ambos ambientes, ora más clara, ora más difusa; incluso el volumen de la música se adaptaba a esa circunstancia. El lugar presentaba en conjunto un aspecto acogedor, dos ambientes combinados que permitían disfrutar de una buena conversación o, según el caso, deleitarse escuchando la música más actual.

En una de las mesas de la «zona bar» estaba sentado su amigo Félix Martínez. Era compañero de colegio de toda la vida y, desde siempre, su mejor amigo. Félix era algo más alto que él, posiblemente alcanzando el metro ochenta y cinco y con una abundante mata de cabello castaño; quizá algo desgarrado, pero franco y alegre como el que más.

—¡Yehh!, ¿qué pasa, tío? —le saludó Félix.

—¡Felisero!, ¿cómo estás? —dijo Germán utilizando el apelativo cariñoso que él mismo había inventado—. ¿Aún no ha venido nadie? —preguntó de forma retórica, pues era evidente que no.

—No, Dani no creo que tarde, pero Sergio... ya sabes, aún le queda por lo menos media hora —comentó refiriéndose a ese amigo que siempre llegaba tarde. En ocasiones le decían que habían quedado media hora antes solo para que llegara a la hora que, de verdad, habían concretado. Continuaron hablando mientras esperaban a sus amigos. Diez minutos después apareció Dani.

—Perdón, tíos —dijo. Se notaba que había llegado de manera apresurada—. Es que mi madre se ha empeñado en que ascara mi cuarto y ya sabéis como se pone. ¡Hasta los armarios me ha hecho limpiar!

—Por eso no quiero que tu madre se junte con la mía, para que no le meta esas ideas en la cabeza —rio Germán.

—No es porque tu madre no lo intente —rio asimismo Dani—, pero la mía es como un martillo pilón: machaca, machaca y machaca hasta que lo consigue.

—¿Qué hacemos? —preguntó Félix—, ¿pedimos o esperamos al tardón?

—No, ¡qué coño!, pedimos —aseveró Dani—, bueno, va y hablo yo que acabo de llegar.

—Estoy de acuerdo —dijo Germán, y señalando a Dani agregó—: Pero creo que te toca la primera ronda... por llegar tarde.

Dani rio y se levantó para pedir. Daniel García era, en realidad, un amigo de la infancia de Sergio y, a través de él, había conocido hacía unos años al resto. Había conectado con ellos de manera inmediata y se unió al grupo como uno más. Tenían más amigos, claro, pero ellos cuatro eran El Grupo. No es que constituyeran una sociedad cerrada, de hecho, Dani no había tenido ningún problema para entrar, pero el resto era gente que... eso, les caía bien y con los que estaban a gusto, pero no tenían la íntima relación que se había establecido entre ellos.

Dani volvió con las bebidas. Brindaron, como hacían siempre y dieron el primer sorbo. Continuaron la conversación tratando de dilucidar si cenarían en algún sitio o se irían a casa pronto y, cuando prácticamente habían terminado sus consumiciones, apareció Sergio, tranquilo y relajado, pese a llegar más de media hora tarde. Para él eso era algo que tenía tan poca importancia que, por ello, le resultaba hasta natural. Saludó e ignoró, salvo por una media sonrisa, la sarta de críticas que recibió por su falta de puntualidad. Tenía un carácter tranquilo y afable que hacía imposible que nadie se pudiera enfadar con él. Aceptó con presteza que le tocaba pedir la segunda ronda y se encaminó a la barra.

A Germán le tocó pedir la tercera. Antes de dirigirse a la barra, fue al cuarto de baño. Una vez, un chico mayor que él, amigo de su hermana, le dijo algo que descubrió que era cierto: «La cerveza no hay que saber beberla, hay que saber mearla».

Una vez salió del baño, se encaminó al mostrador y se acodó allí hasta que la camarera le hizo caso. Pidió cuatro cervezas y esperó a que se las sirviera. Estaba apoyado en la barra, como a medio metro de la zona en la que esta retranqueaba, describiendo un ángulo de noventa grados, cuando escuchó una voz próxima a él que llamaba a la camarera. Era una voz dulce y musical que

llamó su atención de manera inmediata, así que se giró como un resorte para contemplar a su propietaria y quedó absorto ante lo que vio. Era una chica más o menos de su edad, quizá un año o dos menor que él. Casi de su altura, estaría en torno al metro setenta y cinco; con el cabello rojo o, más bien, de un rubio anaranjado. Lo cierto es que el color era el más bonito que había visto en su vida. Sus ojos eran verdes, de un tono intenso que semejabán los de una gata, acentuado por el hecho de tenerlos ligeramente rasgados; todo ello enmarcado por el rostro más fino que se pudiera imaginar. Sus facciones parecían talladas en la más delicada porcelana. Su tez era clara, pero sin la blancura de las chicas pelirrojas que conocía. Apenas había rastro de pecas, salvo unas pocas, discretas y sugerentes, que adornaban su nariz. Se quedó mirándola, prendado de su belleza y así permaneció, sin poder apartar los ojos de ella. La chica estaba pendiente de la camarera y, en un momento dado, giró la cabeza hacia él y le miró directamente a los ojos. Sostuvo su mirada durante un par de segundos y la desvió de nuevo hacia la chica que preparaba las cervezas. Él hizo lo propio, consciente de que resultaba de mala educación mirar fijamente a una persona a la que no se conoce. La camarera llegó con sus bebidas y le gastó algún tipo de broma. Él sonrió como si le hubiera hecho gracia, aunque en realidad no la había escuchado. Su cerebro estaba enfocado en aquella visión celestial. Estaba como aislado del mundo exterior y solo podía escuchar el latido apresurado de su corazón palpitándole en los oídos. Mientras buscaba el dinero para pagar, escuchó a la chica pedirle a la camarera: una Coca-Cola y dos cervezas. Cogió lo suyo con las dos manos, apretando un vaso contra otro para lograr el equilibrio necesario y se giró para marcharse lanzando una nueva ojeada a aquel rostro perfecto. Le pareció que ella notaba su mirada y percibió una sombra de fastidio. Sin duda ella estaría acostumbrada a que los chicos la miraran, pero también le resultaría molesto. Pensó que se había pasado.

Volvió a su mesa y cayó en la cuenta de que estaba de cara al ventanal y, por tanto, en un ángulo desde el que no podía ver dónde estaba ubicada ella. Ocupó su lugar junto a sus amigos y se enfrascó en sus propios pensamientos, ajeno totalmente a la conversación que mantenían. Pensaba que si los ángeles existían, sin duda tendrían que tener un rostro como el de esa chica; quien había inspirado a tantos artistas que, a lo largo de los siglos, habían retratado la belleza femenina, sin duda fue alguna mujer como ella; también las amargas historias de amor imposible, de ciega pasión, habrían tenido su fuente en otras como ella. No le extrañó su expresión de disgusto porque la mirara fijamente. Debía resultar incómodo para ella ser el centro de atención allá donde fuera, ser la diana de una serie interminable de proposiciones que ella descartaría. ¡A cuantos babosos habría tenido que quitarse de encima!...

—Germán, tío, ¿dónde estás? —dijo Sergio zarandeándole el brazo.

—Perdona —dijo Germán volviendo a la realidad—, me había quedado en la parra.

—Sí, capullín y que lo digas.

—¿Qué decías? —dijo Germán sonriendo.

—Te preguntaba que si prefieres una tía buena, pero tonta o una normalita pero simpática.

—Bueno, depende de para qué sea —dijo él obteniendo las risas de sus amigos. No, en serio. Prefiero una chica inteligente, simpática, con la que pueda mantener una conversación, aunque no sea guapa.

—Otro que tal, Pascual —dijo Dani con fastidio—. Donde esté una tía buena que se quiten las demás.

Germán sabía que lo decía de broma. Dani podría tener algunos defectos, como cualquiera, pero no era en absoluto una persona superficial.

— En serio, sé que tú piensas lo mismo, aunque a veces seas un poco gilipollas —añadió Germán riéndose y encajando un puñetazo en el brazo. La verdad, no estoy de acuerdo en que se establezcan dos categorías de chicas: las guapas y tontas y las feas e inteligentes. Casi parece que si una chica es guapa tiene que ser tonta y, en cambio, si es fea, tiene que ser inteligente. No entiendo por qué tendría que ser así. Es cierto que las chicas guapas tienen más posibilidades de creérselo y volverse tontas, pero eso no tiene nada que ver con la inteligencia y hay chicas guapas que son, a la vez, inteligentes y simpáticas; por otra parte, hay chicas normales que no son nada simpáticas ni listas. Cada caso es un mundo —concluyó.

—Pero, ¿cuáles te atraen más? —terció Félix.

—Hombre, me atraen más las guapas. Es una cuestión instintiva. Somos mamíferos y a todos los mamíferos les atraen los individuos mejor dotados, porque la atracción está ligada con el instinto de la procreación y diseminación de los genes. Y para que nuestra descendencia esté mejor adaptada para sobrevivir, elegimos de manera inconsciente al espécimen más preparado que nos podemos permitir...

—Ya salió el médico, hombre, ¡qué científico! —interrumpió irónicamente Sergio.

—No, en serio. Es un hecho natural. Ahora que aún tengo toda la vida por delante, prefiero encontrar a una chica que aúne ambos mundos: guapa y a la vez inteligente y simpática. Pero si estuviera equivocado en mis planteamientos o no encontrara lo que busco y me viera forzado a elegir, descartaría la belleza.

—¡Vaya, por fin una respuesta! —rio Sergio. Estás de acuerdo conmigo.

—A ver, a ver —dijo Dani—, yo también pienso como vosotros, pero siempre que sea cara a encontrar novia formal con idea de terminar casándome con ella y formar una familia. Pero, a nuestra edad, para lo que tengo en mente, lo que quiero son chicas guapas, no nos vamos a engañar.

—Pero si tú no podrías enrollarte a una tía buena ni aunque estuviera pedo —señaló Félix arrancando una carcajada del resto.

—Bueno, no soy Brad Pitt, pero no pierdo la esperanza de que alguna vez suene la flauta.

La conversación fue derivando hacia otros temas y Germán no pudo evitar volver a evocar la imagen de esa chica. En verdad le había impresionado como nunca nadie antes. En toda su vida había experimentado algo así. Cambió la posición de la silla con la mayor naturalidad que pudo encontrar para poder colocarse de costado y tener algo de visibilidad del local. Ninguno reparó en la maniobra y la conversación continuó, mientras él lanzaba discretas miradas, hasta que, finalmente, la encontró en la «zona pub». Estaba con dos chicas más, de medio perfil en su campo visual. Tenía una bonita sonrisa, lo que no había podido apreciar en la barra. Ahora se dedicó a lanzar disimuladas miradas hacia ella, mientras trataba de parecer integrado en la conversación que se desarrollaba en la mesa, participando con ocasionales sonrisas y algún «claro» de por medio.

En una de sus discretas miradas vio como ella se levantaba y se encaminaba al cuarto de baño. Pudo contemplar su cuerpo y se dio cuenta que ni siquiera había pensado en cómo sería. Solo se había preocupado de su rostro. Tenía una silueta esbelta y proporcionada, acorde con su cara en todos los sentidos. Llevaba unos vaqueros Levi's etiqueta roja, como parecía ser de ley y un blusa blanca, de chica, claro. No sabía si era blusa o camisa, él no entendía nada de esas cosas. Creía que se llamaba blusa en el caso de las chicas, pero la verdad es que parecía más una camisa. Lo cierto es que lucía una figura imponente. Tal como entró en el baño, decidió que tenía que tratar de forzar un encuentro con ella, aprovechando que no la había acompañado ninguna amiga. Para ello calculó lo que podría tardar y cuando comprendió que era el momento, se levantó. Sus amigos le dijeron algo sobre lo asiduamente que visitaba el aseo, pero él apenas los escuchó. Se dirigió lentamente pero con paso firme hacia la zona de los baños. No podía correr, porque

la ventana de oportunidad para cruzarse con ella no tenía más de diez metros. Una vez entrara en el baño de los chicos, se acabó la posibilidad de un encuentro. Cuando le restaban unos tres metros para llegar a la puerta, la vio salir. Tenía que pasar obligatoriamente junto a él. Cuando lo hizo, la miró directamente a los ojos. Ella cruzó su mirada con la de él un instante, momento que él aprovechó para decirle «hola» mientras pasaba a su lado. Ella le respondió de la misma manera y ambos continuaron su camino.

Una vez en el baño, cerró el pestillo y se apoyó con ambas manos en el lavabo. Contempló su imagen en el espejo mientras notaba como las fuerzas poco a poco le abandonaban. ¿Qué le estaba pasando? Como estudiante de medicina, sabía que su cerebro había liberado una gran cantidad de adrenalina y cortisol ante la situación de excitación que un nuevo encuentro le había producido; una vez finalizada esa coyuntura llegó la sensación de agotamiento producida por la tensión, lo que motivaba su creciente estado de debilidad. «¡Joder! ¡y solo le había mirado y dicho hola!». Únicamente podía pensar en que ella le había contestado. Lo demás carecía de valor. Le había hablado. Ya nunca sería para ella un desconocido más, sino ese chico que, aunque no supiera quién era, le había saludado.

Regresó a su mesa para comprobar con pesar que sus amigos habían decidido irse a otro sitio. Se resignó y salió de allí, retrasándose todo lo que pudo y lanzando ansiosas miradas para ver si ella se las devolvía, pero estaba enfrascada en la conversación con sus amigas. Salió, pensando que, en realidad, no tenía por qué tener ningún interés en él, ya que no debía significar nada para ella. Seguro que se había olvidado de él tal como le dijo hola.

A las cuatro y pico de la mañana Germán volvía hacia su casa, andando, como solía hacer habitualmente, para que los efectos del

alcohol que había ingerido se disiparan. En toda la noche no había pensado en la chica del bar, pero apenas estuvo solo y dejó fluir sus pensamientos con libertad, su imagen regresó. Se detuvo mentalmente a contemplar ese rostro que recordaba de una manera tan vívida como si lo tuviera delante en esos momentos. Dejó que su imagen llenara su mente, pues descubrió que convocarla le proporcionaba una agradable sensación que le hacía olvidar los sombríos pensamientos de las últimas semanas.

En los siguientes días, evocar su recuerdo se convirtió en su nueva rutina. Deseaba fervientemente que llegara el próximo viernes para volver a aquel bar, solo para esperar por si aparecía y podía volver a verla. Un nuevo «hola» fugaz sería, con toda probabilidad, su única recompensa, pero la verdad es que no ansiaba otra cosa o mejor dicho, se conformaba con eso, pues no era capaz de soñar con que algo más fuera a producirse.

Llegó el ansiado viernes y pudo convencer sin muchos problemas a sus amigos para volver al mismo lugar. Por suerte, el local y el ambiente les había gustado. Esta vez llegó el primero, como pretendía, pues quería buscar el sitio adecuado donde sentarse. Elijió una mesa desde la que se controlaba todo el local y se sentó en la silla que mejor visibilidad le brindaba. Al poco llegaron sus amigos, pero ella no apareció. Poco a poco fue hundiéndose en la tristeza; no una sensación que le ofuscará, sino un leve sentimiento de base, de fondo, como el que produce una expectativa no satisfecha. Finalmente se marcharon y, como había sucedido el viernes anterior, sumió su pena en alcohol y consiguió olvidarse momentáneamente.

La semana siguiente descubrió que ya no bastaba con evocar su imagen. Su mente quería más. Recordarla ya no le causaba sensación de bienestar, sino que acrecentaba esa pena que había anidado en su corazón desde el viernes anterior. Los días pasaban despacio,

pero, finalmente, llegó el día esperado. Volvieron a quedar en el mismo sitio y él llegó nuevamente el primero. Pensó que aquella mesa no le había traído suerte la semana anterior, pero enseguida descartó ese pensamiento, pues no era supersticioso en absoluto. De pronto, una idea germinó en su cerebro y brotó a la superficie como el agua hirviendo se sale de un cazo al fuego: ¿y si nunca volvía a verla? Tal vez ella no fuera a ese sitio habitualmente; quizá dio la casualidad y solo estuvo ese día. Podía recorrer la ciudad eternamente y no volver a coincidir con ella. Se vio a sí mismo como un alma en pena, errante por los distintos bares y discotecas de la ciudad, buscando ansioso algo que no podía encontrar. Sintió una ligera punzada en el pecho ante esa perspectiva. Justo en ese momento, la vio entrar con sus dos amigas, aunque, en realidad, no sabía si eran las mismas. Estaba preciosa, como la vez anterior. Pasó como a unos tres metros de donde él estaba sin percatarse de su presencia. En cualquier caso, cabía la posibilidad de que no le recordara en absoluto. Solo había habido un «hola» veloz y escueto. Se pararon y hablaron entre ellas decidiendo donde sentarse. Finalmente eligieron una mesa en la «zona pub» desde donde él tendría una buena perspectiva de visión. «Me he convertido en un mirón», pensó. Pero solo deseaba poder verla. Bueno, no, también deseaba estar cerca de ella y, a poder ser, hablarle. No sabía de qué, pues todo lo que pudiera haber preparado para esa eventualidad se le habría olvidado al instante. Se dio cuenta de que las manos le temblaban ligeramente. No se había puesto tan nervioso ni la primera vez que hizo un examen oral. Para su decepción, comprobó que ella se sentó de espaldas a dónde él se encontraba, de manera que se iba a tener que contentar con contemplar su larga melena.

Llegaron sus amigos y comenzaron la ronda de cervezas, mientras su cerebro exploraba las distintas posibilidades para poder encontrarse con ella: levantarse y pasar por delante a ver si le miraba y recordaba. No, ¿cómo podía justificar ante sus amigos el pasar por aquel lado? y, además, le parecía hasta ridículo hacer algo así;

¿esperar a que fuera al cuarto de baño para volver a cruzarse con ella?, pero solo sería una fracción de segundo, un nuevo saludo y ya está. En eso, vio que ella se levantaba e iba hacia la barra. Era la ocasión. Comprobó con una rápida ojeada que prácticamente no les quedaba cerveza y se levantó para pedir, ofreciéndose a pagar esa ronda.

Llegó a la barra y se colocó a su lado. Ella ni siquiera le miró, así que impulsado por un arranque desconocido en él, decidió decirle algo.

—¡Hola! —fue lo único que se le ocurrió.

Ella se giró hacia él y le miró directamente a los ojos. ¡Dios!, era más guapa de lo que la recordaba. Al menos su mirada era amable, no parecía haberle molestado ni importunado.

—¡Hola! —dijo ella devolviendo el saludo.

—No te acordarás de mí —dijo él sabiendo que tenía que decir algo para que la incipiente conversación no muriera en el lánguido hola.

—Sí, sí me acuerdo —dijo ella —de hace dos viernes.

¡Vaya! Así que lo recordaba. Animado por ese hecho, decidió continuar aunque notaba que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Soy Germán —dijo tendiéndole la mano.

—Encantada, Germán —repuso ella dándole la mano. Yo soy Isabel.

—Encantado Isabel —dijo Germán pensando en la ocasión que había desperdiciado para darle dos besos. ¿Por qué le había tendido la mano? Todo el mundo se daba dos besos.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó al recordar sus temores de que hubiera sido una visita ocasional y pudiera no volver a verla.

—Sí —respondió Isabel—, la verdad es que venimos bastante. Nos gusta el sitio. ¿Y tú?, porque no recuerdo haberte visto salvo esa vez.

—Bueno, fue la primera vez que veníamos... me refiero a mis amigos y yo..., luego volvimos el viernes pasado.

—Yo iba a venir, pero al final nos invitaron a una fiesta de cumpleaños... un rollazo —dijo apoyándose levemente en su antebrazo, como si de una confidencia se tratara.

—¿Estás estudiando algo? —preguntó sin llegar a caer del todo en el tópico «¿estudias o trabajas?».

—No —dijo ella—. Terminé COU el año pasado y no quise seguir estudiando.

—¿No quieres estudiar nada? —preguntó de nuevo, sintiendo que parecía estar sometiéndola a un tercer grado.

—Es que no hay ninguna carrera que me atraiga, así que pensé, ¿para qué perder el tiempo estudiando algo a lo que luego no me voy a dedicar?

—¿Y qué es lo que te atrae? —dijo, no pudiendo evitar volver a preguntar.

—Pues el mercado inmobiliario. Siempre me han gustado las casas. De pequeña devoraba las revistas de casas y las de cotilleo viendo las mansiones de los famosos. Quiero dedicarme a la venta de casas. Me atrae más que la decoración y esas cosas. De hecho, estoy trabajando en una inmobiliaria desde hace tres meses.

—Vaya, pues me alegro y ¿cómo te va?

—Muy bien, la verdad. Mi jefe me avisó de que al principio lo normal era no vender nada, pero la segunda semana ya vendí un piso y desde entonces llevo un buen ritmo de ventas —dijo ella satisfecha.

Germán pensó que era imposible que alguien no le quisiera comprar cualquier cosa que ella le deseara vender.

—¿Y tú, estudias? —preguntó ella.

—Sí, estudio tercero de medicina.

—Vaya, ¡cuando acabes la carrera serás mi médico de cabecera! —dijo Isabel riéndose. Su risa era tan musical como su voz. Y, ¿dónde estás sentado? —preguntó.

—Allí —dijo él señalando el lugar—, aquellos son mis amigos.

¡Joder!, se dio cuenta de que los muy capullos estaban mirándolos fijamente. Ya podían disimular un poco.

—Sí, aquellos que nos miran, ¿no? —dijo ella riendo de nuevo.

—Sí —rio Germán—, la verdad es que no son muy discretos.

—No, no lo son, pero es normal —añadió Isabel girándose también—, mis amigas seguro que también están mirándonos. ¿Ves? Anda, saluda, ¡holaaa! —dijo volviendo a reír.

Germán saludó con la mano imitando el gesto de Isabel. Se sentía arrobado por su risa. No era nada tonta, pensó decididamente, sino todo lo contrario. Era una persona muy simpática y que además demostraba unas firmes convicciones. Bueno, al menos tenía muy claro lo que quería en la vida y estaba volcándose en ello.

—Bueno, Germán —añadió sonriendo—, tengo que irme. Ha sido un placer conocerte. Nos veremos más por aquí.

—Claro —dijo él—, no lo dudes. Para mí también ha sido un placer.

Ella se acercó para darle dos besos y le miró para decirle adiós. Germán se quedó unos momentos allí sin saber qué hacer. Se sentía cautivado por su mirada. Entonces recordó que no había pedido, así que se giró hacia la camarera y le encargó las cervezas.

Cuando volvió a la mesa, sus amigos le asaltaron preguntándole todo tipo de cosas, básicamente de qué conocía a una chica como ella. Él los despachó de la forma más rápida y discreta que pudo, pues no disimulaban en absoluto y vio que Isabel se había sentado enfrente de donde estaba antes, con lo cual tenía un buen ángulo de visión de su mesa.

Continuaron la conversación y él pudo comprobar o al menos eso le pareció, que ella le lanzaba rápidas miradas. Al cabo de

un rato, ella y sus amigas se levantaron para marcharse, lo cual le decepcionó, ya que el único objetivo de estar allí era poder verla, aunque fuera de lejos. Cuando pasaron cerca de su mesa Isabel se giró hacia él.

—Hasta luego, Germán —dijo luciendo su encantadora sonrisa.

—Hasta luego, Isabel —respondió él.

—Isa —dijo ella enfáticamente—, todos me llaman Isa.

—Adiós, Isa —dijo él sintiéndose feliz por el hecho de que ella se hubiera despedido de él.

La noche concluyó cuando Félix lo llevó a casa. Tras despedirse de su amigo, subió en el ascensor, abrió la puerta con sumo cuidado, lo que hacía siempre a fin de no despertar a sus padres, se puso el pijama y se metió en la cama. No podía dormir. Por supuesto, la cara de Isabel apareció y allí se quedó. Recordó la letra de *Los sonidos del silencio: That was planted in my brain... and still remains*. La imagen de su amada allí estaba y ahí se iba a quedar, porque no podía negar que se había enamorado por primera vez en su vida. Hasta ese momento creyó haber estado enamorado dos veces, pero, desde luego, ahora sabía que no había sido así: lo que sentía entonces por ellas no se aproximaba en absoluto a las sensaciones que Isabel despertaba en él. Se arropó con el edredón y sonrió al recordar su mirada y las palabras que habían cruzado. Rememoró toda la conversación. También como ella le había mirado en varias ocasiones después de sus palabras en la barra. Desde luego, lo había mirado o quizá se equivocaba y era lo que deseaba, más que la realidad. No, cuando volvió a su mesa, Isabel se había sentado en otro lugar, no donde estaba al principio: ¿para qué iba a ser si no era para poder verlo? De hecho le había preguntado dónde estaba sentado. Y luego, su dulzura para despedirse. No había necesidad de ello. Podía

haber pasado a tres metros de él y no haber dicho nada o simplemente haber dicho adiós, pero no lo hizo. Eso tenía que significar algo. De pronto, reparó en que una chica como Isabel nunca iba a enamorarse de alguien como él, pudiendo tener acceso al chico que quisiera. Nadie podría resistírsele. Sería como ir a un bufet y desechar los mejores manjares para servirse un plato de lentejas. No, sin duda le había caído bien, pero nada más. Se imaginaba a sí mismo armándose de valor para decirle lo que sentía y a ella pensando algo así como: «Madre mía, pero, este tío ¿dónde va?». «Me da igual», se dijo. «Puedo amarla aunque no esté a mi alcance». Y así, con su rostro presente, se quedó dormido.